

Acerca de *El niño*, de Jules Vallès

por Émile Zola

Traducción: Manuel Serrat Crespo

ACVF Editorial, otoño de 2006

Esta semana no voy a tratar de las representaciones teatrales, sino de **un libro que acabo de leer y que me ha causado una profunda impresión**. Me refiero a *El niño* (Jacques Vingtras), que Jules Vallès ha publicado hace unos días con el pseudónimo de Jean la Rue.

Dicen que es una autobiografía. Es posible. A mi entender es, sobre todo, un libro sincero, un libro escrito con los documentos humanos más auténticos y conmovedores. Desde hace diez años ninguna obra me había impresionado tanto. Y, no obstante, no puede darse nada más sencillo. El autor relata la historia del hijo de un celador de estudios, maltratado por sus padres, castigado en la escuela, que crece con la sorda rebeldía del niño, del niño oprimido por la educación y la enseñanza de las pequeñas ciudades. ¿Por qué nos commueve tan profundamente este relato sin intriga, sin complicación alguna, esta especie de memorias escritas siguiendo el capricho de los recuerdos? Pues porque la infancia de miles de niños franceses está ahí, porque todos hemos vivido cosas semejantes, si no en nosotros mismos, sí, al menos, en nuestros compañeros. Basta

con que todo eso haya ocurrido y que un escritor haya osado decirlo con la rabia de sus todavía abiertas heridas.

Los protagonistas del drama son tres: la madre, el padre y el hijo. Voy a describirlos brevemente como único análisis del libro.

La madre, hija de campesinos, es una advenediza casada con un humilde celador. **A ella le pegaron y ella pega, no por maldad, sino por sentido del deber**. Paulatinamente se ha ido trazando una línea de conducta que sigue todas las ideas de su clase social; cree en aquello de «quien bien te quiere te hará llorar»; quiere hacer de su hijo un hombre, torturándole sin cesar durante sus primeros años y negándole placeres y necesidades. Y todo ello unido a ridiculeces provincianas: vestidos hechos en casa, demasiado ceñidos o demasiado anchos y que hacen sufrir terriblemente al niño; la tozudez de la mujer que no puede ver más allá de sus costumbres y que llama la atención con lamentables escenas; los comadreos, los estúpidos cotilleos, los arrebatos de necia cólera. En el fondo, no es más que una buena mujer que al dar-

se cuenta, cierta noche, de repente, del martirio a que ha sometido a su hijo, se postra de rodillas y, entre lágrimas, le pide perdón. La madre es soberbia. No conozco a ninguna otra que se le pueda comparar.

Veamos al padre. **Recuerden a alguno de sus profesores: uno de esos rostros lívidos, abatidos por las contrariedades de la escuela. Es un don nadie.** El magisterio, con sus humillaciones, el miedo a los superiores, la obligación de pasiva obediencia y severa rigidez le han reducido a una figura de madera con apenas un ligero parecido a un hombre. Duro con sus alumnos, hincando la cerviz ante quienes disponen de su suerte, el infeliz se ve obligado a cubrirse, durante toda su vida, con la máscara del cómitre. Ya no le queda alegría, dignidad ni libertad. Nada hay de hermoso en esta existencia gris, salvo la huida hacia el amor culpable por la bella señora Brignolin. Añádase a ello que, muchas veces, se avergüenza de su esposa. De modo que termina agriándose y golpea a su hijo con la exasperación de un hombre que ha echado a perder su vida y se venga sobre lo que puede, aspirando, al menos, a ser el dueño absoluto de su casa. Y, sin embargo, también él llora en el desenlace, culpando a su larga vida de sufrimiento y náusea de haberle hecho ruín.

Imaginen ahora al hijo entre esos dos seres, en las miserias viviendas que va ocupando la familia en Puy, Saint-Étienne y Nantes. Será el chivo expiatorio, no porque sus padres sean peores que los demás, sino porque, inevitablemente, será víctima involunta-

ria de los problemas familiares, de las amarguras de su padre y de su madre, de los días de ira y los días de miseria. Cuando se desahoguen repartiendo bofetones, él será quien los reciba, como si ésta fuera su misión. Es un chico normal, ni bueno ni malo, más bien perezoso, demasiado joven aún como para que le hayan maleado; sólo piensa en correr, pegar y chillar. No importa: le castigarán como a un adulto. Tendrá grandes preocupaciones. Se verá obligado, simultáneamente, a fregar platos y conjugar verbos griegos. Le darán, por su bien, mendrugos de pan duro. Sabrá de injusticias y vergüenzas a la edad en que sólo debieran conocerse alegrías. Se convertirá, pues, en un rebelde, en una de esas ovejas negras a las que amenazan con la cárcel. Debe profundizarse en el temperamento de Jacques para comprender lo que ocurre en el interior del muchacho. El niño, de cualquier modo, tiene un ánimo vivamente impresionable, y sus sensaciones son de una exquisita frescura. Nadie puede adivinar el terrible drama que se produce en un niño nervioso cuando se le habla con un palo en la mano. Su debilidad se exaspera ante el abuso de fuerza de que se le hace víctima; es, frecuentemente, una protesta de la inocencia contra la injusticia que el niño percibe claramente. **Escuchen los sollozos de un niño al que están pegando: en sus gritos hay una cólera que debiera asustar al hombre que le golpea.** Jacques es nervioso, de una sensibilidad muy delicada y una voluntad muy desarrollada ya. Imaginen los estragos que una educación impuesta a zurriagazos puede provocar en esa cabe-

cita que siente con profundidad y tiene sed de libertad y aire libre. El resultado es fatal. Lo repito: este niño maltratado será un hijo rebelde.

Indudablemente, Jacques no es malo. Debe vérselle cuando, en las vacaciones, puede escapar del triste ambiente familiar. Ya de pequeño soñaba con ser obrero, como su tío Joseph, pues intuía difusamente la horrenda existencia de su padre, ese galeote de la universidad. Luego sentirá por todos los que trabajan al aire libre el afecto envidioso de un encarcelado. Cuando le dejan libre en el campo, enloquece, se embriaga con el aroma de las plantas y la calidez del sol. **Un día** encuentra, en una granja, a dos primas; es un encantador romance con paseos por los prados, besos robados y correspondidos entre risas, platos de humeante sopa engullida con buen apetito, mientras entran las gallinas para picotear las migajas. No, Jacques no es malo, mala es la vida que le imponen. A Jacques le gusta todo lo que es grande y lo que es bueno, y si, más tarde, se encolleriza, lo hace porque quieren someterle, a golpes, a todo lo malo y pequeño.

Además, ni siquiera deseo defenderle aquí. La verdad no debe defenderse. Cuando alguien osa decirla, hay que descubrirse. Cuando se dice la verdad, siempre se sangra, pues la verdad nos arranca, siempre, jirones de nuestra carne. Hay confesiones que deben escucharse con la cabeza. El niño es una de ellas. Es ridículo considerar como un mal hijo al hombre que ha escrito unas páginas tan poderosas, tan llenas de un alarido de insa-

tisfecha ternura. Bastaría con que hubiera dicho la verdad para absolverle. Pero, además, nos habla de sus generosas pasiones, de su amor por la vida en libertad; ha enaltecido a sus padres hasta lo sublime, en páginas inolvidables, de auténtica grandeza, tras habérnoslos mostrado frustados por su ambiente, cegados por los prejuicios de la pequeña burguesía francesa. En fin, ha levantado la más hiriente acta que he conocido sobre la infancia de esos pobres pequeñuelos a los que sus padres, en su orgullo, quieren ver convertidos en abogados o profesores a fuerza de golpes.

He aquí lo que me ha impresionado: por primera vez se habla de nuestros niños sin grandes frases, diciendo con claridad lo que son y lo que con ellos se hace. Debe decirse que no hay el menor melodrama, no se trata de una víctima torturada por sus monstruosos padres. No; sus padres son unos padres corrientes; él es un pobre hombre, ella una buena mujer; por rutina, por estupidez, maltratan a su hijo y le proporcionan una horrible juventud. Diariamente se encuentran miles de casos parecidos. Así es la vida, esto es lo que se desprende de esta historia auténtica, lo que la enaltece. **No se trata ya de dulzonas páginas sobre la infancia, sensiblerías de mujer jugando a muñecas, ni siquiera historias de niños torturados al estilo de Dickens. Es nuestra verdad, la que todos nosotros hemos podido observar a nuestro alrededor;** y tanta fuerza tiene ese documento humano que esta verdad que nadie había querido u osado decir adquiere

un vigor que hace palidecer, a su lado, todas las historias inventadas que terminan convirtiéndose en fantasías ridículas.

Naturalmente debe tenerse en cuenta el temperamento de Jules Vallès. No todos los niños conservan tan amargo recuerdo de su primera infancia, tal rebeldía contra la escuela y la casa paterna. La mayoría olvida o perdona. Vallès no ha olvidado. La impresión debió de ser mayor en su temperamento de artista. Recuerda mucho porque sufrió mucho. Se adivina, por el estremecimiento de sus frases, que sufre aún físicamente los castigos de los primeros años. Por ello, este libro conmovedor parece escrito bajo el efecto del sufrimiento y la indignación.

Lo repito: **hace diez años que no leía algo tan lleno de vida.** Es un libro absolutamente personal, escrito a veces con excesiva precipitación, pero con una originalidad que nada debe a nadie. Pero quiero ser muy sincero y debo añadir que, desde el punto de vista literario, lamento ciertas páginas. Hay pasajes magistrales echados a perder por otros más descuidados y llenos de inútil bufonería. Además, el autor interviene en exceso con exclamaciones personales y bromas de dudoso gusto. En verdad la obra ganaría en fuerza y sencillez si se ciñera al estilo preciso y exacto del atestado. Sin embargo, ¡cuántas maravillas! Hay episodios enteros que resultan perfectos, de una profundidad de observación y una precisión en el análisis verdaderamente magistrales. ¡Y cuántos personajes dibujados de

una sola pincelada, definidos para siempre con una sencilla palabra!

Deseo que este libro sea leído. Si tengo alguna autoridad, pido que lo lean por amor a la verdad y a la inteligencia. Obras de tanta fuerza son muy raras. Cuando aparece una, debe llegar a todas las manos.

¿Cómo un hombre con el talento de Jules Vallès puede malograr su vida perdiéndose en la política? Jamás podré perdonárselo. Tenía en sus manos el más poderoso instrumento del mundo: con su pluma podía conmover a los pueblos, había podido llegar tan alto como hubiera querido y, como un niño, ha arriesgado sus dotes de escritor en no sé qué oscuras tareas, entre hombres de los que ni uno solo tiene su talento. Nos ha robado porque nos debía unas obras cuya entrega demora en las miserias del exilio.

¡Ay, si me escuchara! Tomaría conciencia de su valor y dejaría la política para los escritores fracasados, que se entregan a ella porque el público no quiere leer sus dramas o sus novelas. Ya lo he dicho otras veces: la política, en estos tiempos de desorden, es patrimonio de los incapaces y los mediocres. Abarrotan los periódicos y las asambleas, se forjan una personalidad en el vano tumulto de la actualidad. Les comprendo perfectamente: han fracasado en todo y aprovechan el caos para gritar su nombre a la multitud y para representar un papel, aunque sólo sea durante una hora. Pero **a un novelista de la categoría de Jules Vallès le basta con ponerse en pie para que le vean.**